

MANUALES DE UN SOLO USO – © ÓSCAR MORA

Manuales de un solo uso

Cuentos cortos, muy cortos y minúsculos

Óscar Mora

Manual para amantes imperfectos

No existe ninguna filosofía moral derivada de la ficción más allá de la excelencia

Enrique Vila Matas

Hay una esquina –como la de Borges–, por la que no me atrevo a pasar. Hay unas palabras que no me atrevo a pronunciar y que me sonrojan cuando se las oigo a otra persona. Hay unos sueños que no me atrevo a soñar, por más que mis amigos me aconsejen lo contrario. La esquina de tu calle, la que tiene la puerta roja y el número pintado en dorado, me da miedo, *miedopánico-pavor*, todo a la vez, *todoalavez*. Pero no sé por qué.

Quizá sea por los besos que no te di, que te dejé de dar; o quizá sea por las esquinas por las que no pasamos o por las palabras que no te dije, que te dejé de decir pero que me sonrojan, o por los sueños que no soñé contigo y para ti, por más que mis amigos me aconsejaron lo contrario.

Cuando llegué, la obra ya había empezado. Me fastidia mucho la gente que llega tarde al cine o al teatro, pero nunca me quejo, porque yo acostumbro a llegar tarde a todas partes (nunca es por mi culpa, por supuesto), y comprendo perfectamente a los tardones, una auténtica subraza de seres maravillosos, con lo que uno acaba quedando una hora antes de lo previsto, por si acaso.

Como decía, llegué tarde a una función de teatro que, para colmo, no me gustaba nada, pero como me habías invitado tuve que ir y pagar la entrada que todavía me debes.

Aunque la sala era pequeña, no te vi. Puede que tú no fueses o pensaste que yo no iba a llegar. Sentado en el mullido asiento (es raro encontrar un teatro con asientos tan cómodos) me quedé dormido y soñé contigo.

Me despertó el acomodador en una sala vacía. No te he vuelto a ver, ya no sé si faltaste a la cita o creíste que falté yo, pero ni te veo ni te he vuelto a ver, con lo que yo te quería o te podía haber querido. Como ya no te veo ni te he vuelto a ver, cuando quiero estar contigo entro en un cine o un teatro y me siento

a dormir

y soñarte.

Cosas sencillas

Hay cosas que de tanto verlas ya no las vemos. Los detalles, todo el mundo lo sabe, es lo que nos cambia, lo que nos hace (*el lenguaje nos hace, nos hace*) como la curva de ese banco del parque, la forma del collar sobre el cuello, la tensión de los dedos que cogen un cigarro.

El leve arco del girasol. El leve arco de tu cuello.

Cosas en que casi nadie se detiene y que alguien puso empeño en hacer. Los detalles que no vemos nos cambian. Por eso hay gente de talismanes, de objetos mínimos como este silbato de boj que tengo entre las manos y que, como las cosas sencillas, no había visto hasta hoy (*la realidad debe ser también mentira porque los objetos están expuestos al paso de algo tan trivial como es el paso del tiempo*). Todos los objetos nos evocan una historia. Este silbato me recuerda al menos tres: la de la persona que me lo regaló y que ahora está fuera y lejos de mi vida; la del lugar donde lo compró, que fue el último viaje que hicimos juntos; y la historia de las Mil y una noches donde un autómatas con forma de pájaro esconde un silbato en su interior, cuyo sonido hará que se cure el sultán.

Por eso la gente ni se mira ni se toca, de tanto vernos pasar no nos vemos estar,. Por eso hasta hoy no te había visto bien, y ahora que te tengo delante ya no te voy a dejar escapar, para no tener que elegir después en el recuerdo ninguna de las historias que se me ocurren sólo con mirarte.

Era una persona encantadoramente tímida, una mujer tan encantadoramente silenciosa, que cuando llegaba al orgasmo, se limitaba a darme las gracias.

* * *

(Nunca llegué a dárselas a ella y creo que yo ni siquiera las merecía).

Los historiadores no se ponen de acuerdo. Algunos dicen que ocurrió en el 100 dc, y otros que insobornablemente datan el suceso en el 210 dc. Sus posturas están condenadas a enfrentarse a perpetuidad, ya que los manuscritos no son claros en este punto. Al parecer, un hombre -un hombre joven o al menos de aspecto juvenil- se encaramó al graderío de un teatro romano, momentos antes o cien años antes los leones habían vuelto a teñir de rojo la arena, aún podían oírse los ecos del hierro contra el hierro, aquel hombre subía solo y con dificultad los escalones.

Abajo en la arena había una mujer sonriendo. Cuando él llegó arriba, ella se quitó un prendedor de hueso o de madera (en eso la crónica tampoco es muy precisa) y lo dejó caer para comprobar la acústica. El hombre, coronado el graderío, le hizo una señal para darle a entender que había escuchado el golpe seco contra el suelo. Entonces, ella comenzó a cantar, en un auditorio capaz de albergar más de 500 personas, sólo para él. Cuando terminó la canción, sacó un pequeño espejo y lo apuntó en su dirección. Él hizo lo propio. Jugaron a perseguirse con la reverberación del sol, y a espantar a los gatos romanos que buscaban un lugar para la siesta. Tras muchas carreras y recorrer varias veces todos los anillos en su persecución, uno de ellos dio caza definitiva al otro, acorralándolo en un vomitorio cerrado.

Entonces, cuando puestos uno enfrente del otro, ambos espejos daban una imagen infinita se dieron un beso tan largo como la canción de ella.

Es una pena que los historiadores no se pongan de acuerdo con las fechas, porque entonces podríamos precisar incluso sus nombres.

Si me he enterado de todo esto es porque llevo toda la tarde buscándote en el reflejo del espejo que te has dejado en casa, y en el reverso venía grabada esta historia.

Idas y venidas

Me dice *recoge tus cosas, todas tus cosas* aunque quedan varias horas, pero no es porque quiera echarme *es que siempre te dejas algo. Siempre. ¿Qué te vas a dejar esta vez?* y sorbe el café mirándome desde el borde de la taza. Tiene los ojos grandes y castaños, preciosos. Estoy pensando en la chaqueta de lana que me dejé la última vez, el cargador del móvil que se quedó en un enchufe, la libreta que aún no he recuperado *¿sabes lo que deberías hacer? Dejarte a ti mismo. Olvidarte de llevarte a casa esta vez, y te quedas conmigo, que no haces más que ir y venir. Quédate esta vez.* Cuando me he querido dar cuenta, ya estaba en la carretera de vuelta, y por más que rebusco en la mochila, no caigo en qué se ha quedado esta vez en tu casa, así que tendré que volver yo mismo a buscarlo.

Anotado al margen

El poeta es un fingidor. Finge incluso cuando ama.

(Lo que no sé es de dónde coño saca Pessoa ese *incluso*)

En el alba doble de tu pecho

Quiero venir a descansar,

Abre, niña, tu camisa,

Que yo te voy a enseñar cosas que nadie ha visto,

Que nadie ha hecho,

Que nadie ha imaginado.

En el alba doble

De tu pecho breve

Me quiero venir a dormir,

Abre, niña, los oídos,

Que yo te voy a contar

Historias que nadie ha contado,

Poemas que nadie ha escrito,

Cuentos que están por escribir.

En la noche oscura

De tus ojos tristes

Quiero, mi niña, descansar,

Así que abre tu pecho doble

Que si quieres me vas a enseñar

Cosas mil veces sabidas,

Geografías que ya conozco

Historias que nunca he oído

Y que escondes, niña,

En el alba doble de tu pecho breve.

Preguntas innecesarias

Te voy a querer así en la cama que tan tímidamente me abriste aquella noche, como en la luna que baja a la Tierra todas las noches en forma de cuentos; te voy a querer hasta que rabies de placer, hasta que ya no puedas soportarlo más y tengas que decir basta, te voy a querer más de lo que necesitas.

Te voy a querer así en la Cama como en la Luna, voy a amar esa piel que me vuelve loco y ese espíritu que me inquieta, voy a amar desde la claridad de tus ojos hasta los tonos de tu risa. Así que no vuelvas a preguntarme cuánto te voy a querer, y cierra los ojos para que pueda empezar a demostrártelo.

Me gustan los ruidos
que se quedan atrapados
de tus manos
cuando no las toco.

Me gusta que chirríe
la veleta aburrida de tener
tanto trabajo,
y sueña con estar a ras de tierra.

Me gusta que rías cuando ríes,
me gusta que sueñes cuando sueñas.

Me gusta el sonido de la lluvia
en el hueco de mis manos
si no las tocas

me gusta la lluvia
acariciando con violencia la tierra
como si quisiera hacerle daño.

Me gusta que rías cuando ríes,
me gusta que sueñes cuando sueñas.

Y me gusta ese silencio
que se queda enganchado
en las cosas
cuando el Viento (de la noche) ya ha pasado,
y sólo nos queda mirarnos a los ojos.

A cerca de la luz

Acerca tu luz a la mía, que ya es noche cerrada y no conozco el camino a casa. Acerca tu luz a la mía, que ya no brilla tanto y creo que me voy a perder. Que me voy a perder si no te acercas, que me quiero perder si no te acercas, acércate. Ven y tráete tu lámpara de aceite a rebosar, que estoy viviendo en penumbra, que llevo tanto tiempo en penumbra.

Tráeme alegrías, aunque duren poco o aunque sean de mentira, tráeme alegría con la luz de tu farol porque finalmente me he perdido, y sólo me vas a encontrar tú, que sólo quiero que me encuentres tú.

Esta noche el bosque está más oscuro que nunca, y los árboles son el doble de grandes que ayer. Es la noche perfecta para perderse y obligar a que me busquen, a que me busques. Sal detrás de mí con tu maleta de canciones y alegrías que me faltan, acércate despacio que no te oiga y la alegría sea doble. Es más fácil perderse que admitir que se está solo. La gente se hace fuerte en la soledad.

Esta noche el bosque está más frío que nunca, esta noche estoy más solo que nunca y he perdido mi luz. Acerca tu luz a la mía porque no conozco el camino a casa, ni lo quiero encontrar si me encuentras, encuéntrame.

Panel de Escritura

Mi mano; la palma de mi mano. Tu mano.

Se oye un rumor muy suave de olas, como rumor de lluvia, y se oye a unos niños chillando de felicidad (la única patria de uno es la infancia, ya lo dijo el poeta). Paso la palma de mi mano por la superficie, de izquierda a derecha, una, dos y tres veces; de izquierda a derecha una, dos y tres veces. Ya está. La arena lisa y lista para ser hollada (ya no chillan los niños ni murmura el mar, no gritan las gaviotas ni los pescadores que ya recogen las redes, el mundo se detiene porque estoy pensando en ti).

Un cuento muy antiguo dice que hay que escribir sobre la arena nuestros deseos y nuestras frustraciones, y que, dejándolas borrar por las olas o la marea, los genios y dioses del mar las recogen. A veces incluso se cumplen. El cuento aconseja las noches de Luna Llena (como esta).

Despacio, con mayúsculas redondeadas, trazo las letras de tu nombre en la arena — ¡ay si yo te quisiera o me quisieras tú!— Las miro un momento como si te estuviera mirando a ti. Con la mano de escribir acaricio suavemente la superficie, de izquierda a derecha, una, dos y tres veces; con la mano de escribir acaricio suavemente la superficie de izquierda a derecha, una, dos y tres veces. Ya está. La arena lisa y lista para ser hollada, los genios y dioses del aire se encargarán de devolverle su antigua forma, y la duna se quedará esperando a que otro venga a escribir sobre ella.

No quiero forzar la suerte del sortilegio: seguro que, en otra playa, tus estás escribiendo las letras de mi nombre.

Si me asomé a tus ojos
fue tan sólo porque
necesitaba ver
un reflejo de mí mismo
que pudiera
ser real.

Si me asomé a tus ojos
ayer
fue tan sólo
para un momento,
fue eso,
una mirada
como otra cualquiera
como otra, perdida
¿no crees?

Y cuando quise coger
con mis dedos tu cabello
no me dejaste
aunque yo ya te hubiese dicho
que no era amor,
quizá no era amor
quizá no exista esa cosa,
quizá tú y yo
no existimos
ni tampoco hay
mundos que nos separen,
ni ternura, ni caricias,
quizá no haya nada
más que tu risa
¿no crees?

El género de los verbos

Te he esperado tanto tiempo, con fragilidad larga y osteoporótica de gigantes...

En el colegio me enseñaron a diferenciar el número y género de sustantivos y adjetivos. Los tiempos verbales, sus modos, conjugaciones... el orden lógico de las preposiciones, las diferentes familias de determinantes, y cosas así.

Pero nunca aprendí el hallazgo de esta tarde: el género de los verbos.

Cuando yo voy, cuando me voy como haré mañana en la mañana, ir es masculino, triste, apagado, nada. *Ha sido tu decisión* Ya lo sé. *Nadie te obliga a irte* Ya lo sé.

Cuando tú vienes, aunque sólo sea a mirar libros, aunque sea sólo a fingir que me quieres, aunque te quedes un rato sólo porque te pregunto algo, ir es femenino, agradable, luminoso. *Vengo porque quiero* Ya lo sé. *Ya no me voy a ir* Ya lo sé.

Igual que cuando bajo yo a verte. Y cuando te marchas, vuelta a empezar.

Es por eso que no me lo enseñaron en el colegio: el género de los verbos es tan caprichoso y se invierte con tanta facilidad, que me va a hacer falta toda la vida contigo para aprenderlo.

El sol incide sobre tu nuca

Pienso en que bailas

bailas tan bien en mi cabeza cuando te estoy mirando esta tarde

gloriosa tarde de marzo, u octubre, no lo tengo claro.

Estabas bailando, eso lo sé seguro, mientras el aire te desriza el cabello suelto

ahí donde la luz del sol incide

sobre ti,

y te conviertes en un objeto lejano, bailando atado a mi pobre pensamiento

que te busca girando en la luz

y se me ocurre que no hay mejor peine

suspiro y pienso que qué tonterías me entran de pronto,

y te beso la nuca para asegurarme que sigues ahí, me pongo en medio del sol y de ti

aparte, herido de dientes ajenos, de celos acuosos hacia la luz

maldita sea, me ha vuelto a ganar el sol

que muerde tu cuerpo donde yo ya no llego.

Entonces me abrumo, suspiro y pienso

que es sólo una tarde de marzo u octubre, y que es hora

de que dejes de bailar en mi cabeza

y te vuelvas para devolverme el beso

Pienso en el agua. Pienso en la lluvia que debe estar cayendo en tu patio, y me pregunto si no serán la misma. Pienso en los mares tranquilos que me llevan a tu puerto y que podría recorrer casi con los ojos cerrados, ahora que es época de tormentas y necesito un poco de viento suave.

Pienso en el Viento. Pienso en el Viento que acaricia y moldea las dunas de tus piernas, y pienso que por qué ha elegido precisamente el día de hoy, cuando menos falta me hace.

No hay agua suficiente, no hay presas suficientes para aguantar mis quejas; no hay huecos suficientes que llenar con tu agua, que se desborda, que te desbordas. No hay vientos suficientes, no son del todo fuertes como para empujarme a correr rápido para poder alcanzarte, agua mía, que te me escurre entre los dedos y entre las manos, agua clara, que bajas y corres *rápidoabajo*, agua limpia, que no te dejas coger. Esta noche te beberé, porque tengo preparada una botella de cristal verde a la que no te puedes resistir, aguablanca. Esta noche te beberé.

Función y órgano

A veces (esta misma tarde me ha ocurrido) al frotar la espalda en la ducha, el picor llama a otro un poco más arriba, justo donde mano y esponja no alcanzan. Entonces echo en falta una tercera mano que llegue exactamente a ese punto.

Creo que el amor se creó por la necesidad de tener a alguien que nos rascase cuando nos pica y no llegamos. A veces incluso aunque llegemos.

Madriguera

Estaba tumbado en el sofá cuando ella se acercó a mí con una sonrisa en los labios. Pegó su cabeza a mi axila, metiendo la cara entre el cuerpo y el brazo.

- ¿Qué haces?

- Me escondo

- ¿Cómo?

- Me escondo contigo

- ¿De qué?

- De todo

quién sabe qué

piensan los ángeles de mullidas alas,

quién sabe que trastornos sacuden la tierra

(quién sabe qué te trastorna)

qué pasa por sus cabezas

(que, se entiende, son las nuestras)

quién sabe, quién sabe

un día de estos va a empezar a llover y no va a haber quien lo detenga.

quién sabe de qué

ríes cuando ríes,

si me miras cuando me miras,

quién sabe

qué pasa por tu cabeza

qué hay en tus ojos

(en el fondo de tus ojos hay algo de mar).

un día de estos voy a empezar a llorar y no va a haber quién me detenga

quién sabe

o imagina

qué lazos atan tus manos

qué vientos mueven tus labios

quién sabe qué pasa

por la cabeza de Ana María Cedro

un día de estos,

en cuanto te descuides si te descuidas,

te voy a querer

Una cara, al hilo de las instrucciones del capítulo 7

Se pasa el dedo pulgar por encima del arco de la ceja, muy despacio, dibujando el contorno; al llegar al final se extiende el resto de la mano para apoyar la palma contra la frente, y apoyando el monte de Venus se gira para tapar con los dedos el otro ojo. Es este un momento delicado, pues no se puede eliminar abruptamente el contacto ni hay que presionar demasiado, pero con un poco de habilidad se consigue girar los dedos sobre ellos mismos para dar la vuelta a la mano y acariciar con los nudillos el pómulo; entonces se arrastran suavemente hasta lograr el estremecimiento del resto de la piel justo cuando llegan al nacimiento de la barbilla, y sin brusquedad se recorre su contorno hasta la papada, donde descansa la mano al abrirse y girar nuevamente para abarcar el nacimiento del cuello. Se presiona ligeramente la base de la mandíbula para sentir la piel del otro y para que el otro sienta nuestra presión sobre ella y que las pieles en ese momento sean la misma. Es entonces cuando se ha completado la mitad de una cara, pero queda lo más delicado, que es subir pulgada a pulgada, con la mano bien pegada y bien a ras de piel, con los ojos que hemos cerrado previamente y la palma despacio sobre la boca, *alientopiel*, la barbilla sostenida y arrastrada, el meñique que se cuelga en la boca entreabierta y recorre los labios, roza la punta de la lengua, es ya el único contacto con la piel del otro que ahora es la nuestra, llega hasta las comisuras, las explora bien, el envés de la mano sube por el puente de la nariz, los ojos se entreabren, la palma descansa ya sobre la mejilla que nos pertenece, hemos dibujado una cara, y es asombroso que al final siempre sea la tuya.

La Calle de los Encuentros

La mañana que llegué a la Calle de los Encuentros llovía torpemente, como si fuera la primera vez, y los ángeles meteorólogos hubiesen enviado nubes aprendices, sin mucha práctica en eso de precipitarse sobre la tierra. Algunos tramos de la calle estaban mojados y otros secos; la mayoría de los transeúntes observaban como yo, admirados, el cielo, mientras que los habitantes de la Calle de los Encuentros prescindían de los paraguas y continuaban con sus quehaceres diarios e incluso algunos de ellos habían dejado la colada extendida, seguros de que no se les echaría a perder. “¿Va usted a la pensión de Doña Milagros?”. Me lo había preguntado uno de los hombres más diminutos que jamás haya visto: a duras penas me pasaba de las rodillas, y vestido como estaba enteramente de verde brillante, me dio la impresión de que era un duende. Antes de que pudiera asentir, el hombrecillo había cogido sin dificultad mi maleta y se encaminaba hacia el otro lado de la calle, “Sígame, y procure no pisar los charcos”.

Salí corriendo detrás de él para no perderle de vista mientras se confundía entre la multitud. Oí cómo varias personas le saludaban llamándole “Alcalde”, pero eso no me sorprendió tanto como el hecho de que por todas partes habían surgido diminutos arcos iris: saltaban de la pared hasta un balcón, zigzagueaban en los charcos del suelo, se reflejaban sobre las paredes blancas, “Es por nuestro particular régimen de lluvias”, me dijo el Alcalde al sorprenderme con la boca abierta frente a un arco iris diminuto que cruzaba de lado a lado el espejo de una peluquería, “Habría observado que disfrutamos de una lluvia algo particular”. No esperó mi respuesta, y dejó caer mi maleta frente a un destartalado portal que había sido pintado y repintado en todos los tonos de azul posibles, “Ya hemos llegado”. Quise sacar al Alcalde de su error, y empecé a balbucear unas palabras aclaratorias: que me había confundido, que yo no iba a esa pensión y ni siquiera a esa parte de la ciudad, que el conductor había detenido el autobús allí mismo, se había echado a llorar y se había alejado dejándonos tirados y llamando a grito limpio a una tal Dolores.

El Alcalde se me quedó mirando con gesto de infinita incompreensión, ya que le había tratado de dar toda esa información de golpe, cogí aire y levanté la cabeza para ordenar mis ideas, y entonces vi en uno de los balcones a Manuela que, recién levantada, se estiraba al mediodía de la mañana, bostezando y agitando su melena roja. Instantáneamente, el barullo que se había formado en mi cabeza en los últimos minutos se deshizo, y los horrendos últimos seis meses de mi vida desaparecieron de golpe. “Esa chica...” le dije al Alcalde, señalando hacia el balcón de Manuela, “Guapa, ¿verdad? Ya tendrá tiempo de conocerla, no se preocupe: en nuestra calle, el tiempo también tiene una forma peculiar de transcurrir”. Acompañó las últimas palabras con un gesto que me invitaba a entrar en la pensión, y lo hice arrastrando la maleta, sin tener ni idea de que los siguientes cuatro meses iban a ser los más importantes de mi vida.

Enséñame otra vez el nombre de las cosas.

Dime qué color es cada color, uno a uno; explícame por qué crecen las plantas, por qué se hunden las raíces, por qué brillan el sol y la luna.

Cuéntame de dónde vienen las palabras, cuéntame a dónde van las palabras, dime una a una todas las palabras que sepas. Con deleite me sentaré a escucharte, te abrazaré, oleré tu piel con parsimonia de abecedario recitado.

Enséñame que todo es pasajero, precioso y prematuro.

Manual para una autobiografía poco certera

Soy como soy, y si quieres cambiarme, ven, que aquí te espero. Soy bajito, soñador y demasiado tímido para lo grande que me he vuelto; bromista aunque no tengo mucha gracia, y muchas otras cosas que no caben aquí. Soy como soy, y si quieres cambiarme, ven, que aquí te espero. Te tengo preparada una sonrisa y un cuento, de esos que nunca le he contado a nadie y que sólo te cuento a ti; de esos llenos de palabras bonitas que algunas veces no entiendes y otras no quieres entender (ni las entiendes ni te importa, que al fin y al cabo viene a ser casi lo mismo, si no lo mismo). Te tengo preparada una sonrisa y un cuento, a la que no podrás resistirte y que te va a sorprender; soy como soy, y si quieres cambiarme, ven, que aquí te espero con los brazos en alto, a ti que no haces más que mirarme defectos, a ti que sólo sabes ver los fallos en mis obras, a ti que no te gusta lo que hago, y que sospecho que no te gusto ni yo mismo.

Soy como soy, y si quieres cambiarme, ven, que aquí te espero con la mirada perdida, a ti que me sigues como una sombra para destruir todo lo que hago, para pisarme cuando caigo; a ti, que te basta con que yo diga *luna* para decir *sol*; te basta que yo diga *negro* para decir *blanco*, que yo, mirando al cielo diga *estrellas* para añadir en seguida *de mar*; a ti que te basta con mirarme a los ojos para reírte de mí. Soy como soy, y si quieres cambiarme, ven, que aquí te espero con la mirada en ruinas y el ánimo tranquilo. Soy como soy, y si quieres cambiarme, ven, que aquí te espero con los brazos abiertos, que es la única manera de recibir a los amigos de verdad.

Mi amigo psicólogo (al que felizmente cada vez recorro con menor frecuencia), me dice que mucha gente dibuja, algunos distraídamente y otros a conciencia, de forma repetitiva un ojo, un ojo perfecto, con su ceja, su iris, sus pestañas y su pupila. La inmensa mayoría dibuja el izquierdo. Al parecer, la psicología dice que hacemos esto cuando algún problema en particular nos agobia, pero yo creo que no.

Yo creo que la mirada que dibuja toda esa gente, entre la que me incluyo, es siempre la misma, la de algo o alguien que nos está observando, y que busca manifestarse de alguna manera para recordarnos que no somos del todo libres.

* * *

H. tenía la agenda de teléfonos repleta de ojos dibujados por ella misma. La primera vez que entré a su casa, le comenté mi teoría, apoyada en la de mi amigo. “No te preocupes”, me dijo, “mis ojos son inofensivos”; le pregunté por qué, “porque son completamente ciegos para lo bueno, sólo espían a las personas malas”.

No he vuelto a verla, y si está leyendo esto quiero pedirle perdón por haberla evitado desde aquel día: me sentía terriblemente vigilado cada vez que entraba en tu alcoba. Espero que hayas encontrado la agenda, la escondí, aterrado, debajo del colchón.

Crueldad asimétrica

Si juntamos los momentos que he estado esperándote en esquinas, plazas y cafés oscuros,

...y les añadimos los ratos que me has hecho pasar agudándote en el recibidor, tirado en la cama con la pajarita del frac apretándome el cuello...

...o fumando en la puerta de casa con el coche en marcha...

...nos sale una considerable cantidad de horas, minutos y segundos en los que yo he estado disfrutando de la ansiedad, y tú de mi impaciencia.

Línea 3

Ayer por la bajé al metro como todas las mañanas para ir a trabajar. En la ventanilla había un cartel toscamente escrito a mano que decía “No pida información. Estoy afónica”. La taquillera me miró de reojo con el pelo rubio cubriéndole los ojos cuando me acerqué a por mi billete ventanilla, desconfiando de que yo hubiera leído el cartel. Musité “Ida y vuelta” casi pidiendo perdón, y me fui. Al día siguiente, el cartel seguía allí, pero en la taquilla había un hombre, algo obeso. No me atreví ni a darle los buenos días.

Los hermosos Atributos de Alá

Mi tío Pascual era marinero y no le tenía miedo a los nudos. “Es muy fácil”, me decía, “cada nudo que aprendes es más complejo que el anterior. Si no sabes desatar un nudo, busca otro más sencillo y, sabiendo deshacer este darás con la clave para deshacer aquel”.

Yo no sé nada de nudos, ni de barcos, ni de nadie; en general, de ninguna cosa, especialmente sobre el mar, al que prefiero conservar como un misterio. Lo que sí sé es mirar cosas que normalmente no se ven, o en ver cosas que normalmente no se miran, que no es lo mismo aunque lo parezca. Hoy, por ejemplo, mi amigo Z. M. salía con el gesto más adusto, serio y triste que yo haya visto en toda mi vida. No tenía una mueca en la cara, ni iba llorando, mientras a su alrededor todo era alegría. En este lugar se propician muchos encuentros, muchas amistades y mucha felicidad. Caminaba errando, evitando a las personas como un barco desvencijado entre boyas luminosas.

¿Dónde nos llevarán los destinos?, me pregunto a veces, ¿qué parte de mi destino está siendo modificada por el encuentro de esta noche? Su tío, Mohamed Hafi, el mayor de toda su familia, murió ayer por la noche después de una larga enfermedad. Yo no me tengo por una persona especialmente creyente ni espiritual, vivo agarrado a mis afectos y a 2 ó 3 objetos que no tienen más valor que el de amuletos personales ¿Qué destino, me he preguntado en ese momento, estoy modificando con el gesto que estoy haciendo? He buscado el nudo sencillo que en el pasado tuve que desatar para que me ayudara a deshacer el que tenía en ese momento, y aunque no soy un hombre religioso, ni sé nada de nudos ni de nadie, le he abrazado y dicho al oído: “No te preocupes por tu tío, porque Alá es Grande, y es Misericordioso, y es Compasivo”.

Sé lo que te va a pasar

Volvía en tren, un trayecto largo de esos de punta a punta de España, y ya era de noche: el vagón-restaurante se había convertido en el vagón-insomne hasta que a las dos de la mañana nos echan a todos. Se reúne gente de todo tipo, y muchas veces pintoresca, como aquel empresario italiano *hecho a sí mismo* que hablaba dando voces, sintiéndose el dueño del tren; o esa pareja de góticos que tomaban un café con leche detrás de otro.

Sentado frente a la barra, sentí de repente un escalofrío que recorrió mi espina dorsal. Acababa de pasar una persona por detrás de mí. Al poco volvió a pasar, y volví a sentir ese escalofrío. Era un hombre normal, sin ninguna particularidad aparente. Pasó una tercera vez, y el escalofrío se manifestó de nuevo; en seguida pensé, no sé por qué: "Esta persona va a morir dentro de poco", y me horroricé inmediatamente de mi pensamiento. Aún pasó un par de veces más, y como ya imaginan, mi columna volvió a estremecerse ¿Tenía que haberle dicho algo? ¿Me habría tomado por un trastornado? Le miré entonces: no hablaba con nadie, pero tampoco viajaba solo. Aquella noche no dormí bien.

He retrasado ex-profeso la escritura de esta nota unos cuatro meses porque todavía me dura el susto.

Queda prohibido abrir

Me ha pasado esta mañana cuando bajaba unas escaleras. Tras el último peldaño, antes de abandonar el pasillo, he reparado en un cartel escrito a mano: "Prohibido abrir las puertas", pegado precisamente a una puerta. El mensaje es inquietante ¿qué habrá tras esa puerta? Parece la habitación de mantenimiento, y seguramente no haya más que fregonas y cubos, pero... ¿y si no es así? ¿está prohibido sólo abrir la puerta, o también entrar? Lo más inquietante es el plural *puertas*, ¿se refiere a todas las puertas? Cerca de allí no hay ninguna más, salvo las del ascensor y unas de cristal que nunca se cierran. Los breves instantes que me he detenido delante del cartel, he estado a punto de empujar suavemente y mirar en el interior, sin embargo he preferido no asomarme. Ahora no podré volver a poner la mano sobre un picaporte sin notar cierto sentimiento de culpa.

Este hotel de sábanas blancas

(estas sábanas son tan distintas

a aquellas del hotel de la Reunión)

este crepúsculo al mediodía

esta media sonrisa idiota

que pintas en mi cara si pasas

la mano sobre ella

las paredes de esta habitación

son tan distintas

a esas otras del hotel de la Reunión...

Joaquín ha hecho café al desayuno

-desvarió con la curva de tus caderas-

Amel hace crujir sus dedos

entre desesperada y aburrida

las sombras se van apagando lentamente

y aparece un amanecer furioso de rojos como nadie ha visto

-me gusta el cimbrear de tus caderas, me gustas ahí donde tu carne es abundante, me gusta que te rías de nada por nada-

Siento estar robándole los versos a otro

porque es otro el que dice estas palabras:

el que está contigo,

y no el que está solo en el hotel de Joaquín

Pizarnik

Óscar, Óscar

Debajo debería estar Óscar

Pero estoy yo

Óscar

Como si Ulises quisiera volver

I

Entonces yo jugaba en esta misma arena, y si no era la misma, un poco más arriba, donde no hay casas ni bañistas inoportunos. Entonces, sólo venían en fin de semana, las familias con su parafernalia de niños, abuelo, sombrilla y todo para instalarse el día entero.

Los demás días era mar para nosotros solos, y yo hacía castillos de arena con un molde de plástico exactamente igual a ese.

II

Y entro al mar como un Ulises imberbe, sin Ítacas a las que volver ni aventuras que contar, tengo de pastor las olas y los hombres.

A veces finjo que aro el agua con las manos y pienso en aquel abuelo poeta que no veía el mar en su cárcel, y parece que van a crecer manos nuevas y brazos nuevos sólo de espuma.

El mar avisa dos veces, y cuando te quiere llevar te lleva, cuando te quiere tragar te traga para siempre. A veces se da verdaderos atracones de los que escupe los restos, brazos, piernas, vísceras disueltas y con algas adheridas; y otras veces come por error lo que no es suyo, y devuelve el cuerpo, blanco, nuevo, lavado a la arena. Otras muchas veces toma por suyo lo que le pertenece, pero es tanto el llanto al otro lado, que vomita entera la pieza y hay que darle gracias temerosas y maldecirlo en voz baja mientras da besos suaves a la playa pidiendo perdón.

III

Agua oscura, herida sólida, herida de agua; el mar esta tarde es de color azul oscuro, profundo, negro, amenaza, color de olas que rugen, trago de agua, esto es el mar ¡Qué placer escuchar el grito del agua sobre tu cabeza, sumergido! ¡Qué placer el mar enorme! ¡El abrazo sólido como de amante! El abrazo sofocante del agua, el amor de verdad que mata ¡Esto es el mar! Alegría profunda, sal en los pulmones y beso de agua; pelo mojado en la espalda, cosquillas de espuma e infancia que regresa.

Al que no le muerde la nostalgia de mar no sabe qué es la vida. Al que no le duele el mar por inmenso no sabe sentir dentro.

Rumor casi de lluvia, sabor de arena, mancha de agua marina sobre la piel.

Órganos vitales

Me tiemblan las manos. No sé por qué.

Puede ser cansancio. *Puede ser.*

Pueden ser los cambios de presión y el dolor de cabeza en este tiempo tan extraño. Esta noche volví a acercarme al mar y volvió a parecerme el mismo de siempre, a pesar de que A. dice que nunca es el mismo (Heráclito habló de ríos, y no de mares).

Puede ser nostalgia de A. *Puede ser.*

Puede ser que tengan ganas de cogerte y de que me cojas, de notar la carne caliente aplastando mis manos y cortándome la circulación. A. también dice que tengo las manos bonitas, pequeñas y de dedos finos, con la piel oscura y las líneas muy marcadas. *Puede que tiemblen porque saben que no me gustan.*

Hoy han cogido un despertador, una almohada, un grifo, mis mejillas, una taza, un tarro de café, un cepillo de dientes, unas gafas, un sujetador color crema, unos vaqueros, una camiseta de pico, una cartera, un billete de autobús y así en largo viaje hasta este lápiz, hasta este teclado. Puede que sean demasiadas cosas para unas manos tan pequeñas, puede que les quede memoria física de la taza de café de mediodía pero no del roce fugaz con tus manos, y les aterra perder recuerdos. Puede ser, *sólo puede ser.*

Hoy han cogido fotos de viajes ajenos, que siempre hacen surgir una rabia sostenida, y he pasado las yemas sobre ellas sin mirarlas sintiendo todas las cosas que había detrás.

O sencillamente porque mis manos tratan de decirme algo. Órganos vitales.

Elkar

El vasco no es una lengua. Es un trabalenguas. Sentarse a escuchar hablar entre sí a dos vascos es como sentarse frente a la chimenea a escuchar chisporrotear el fuego y quebrarse la madera. Si no se es de allí, es inútil intentar aprender el idioma, créanme; Eduardo dice que no es un idioma, sino un trabajo, y él atesora una amable sabiduría de la que intento en vano aprender algo.

Como yo no soy muy amigo del trabajo, huelgo decir que jamás he conseguido pasar de la lección segunda cuando he tratado de aprenderlo. Pero dar vueltas por mi gramática / diccionario del Euskera en busca de cosas que nunca aprenderé es una delicia, de vez en cuando me llevo una que otra alegría. Sin ir más lejos, la otra noche me encontré con la palabra *elkar*, que es un pronombre recíproco.

Así, por ejemplo, “Elkar maite dugu” significa “Nos queremos”, porque querer es un verbo que implica reciprocidad (si el cariño no es recíproco, no es cariño, es otra cosa distinta). Las lenguas humanas están llenas de sujetos elípticos, oraciones yuxtapuestas, verbos irregulares y otras muchas majaderías, pero jamás hubiera imaginado que un pronombre podía ser recíproco, y les aseguro que este tipo de cosas le reconcilian a uno con la gramática.

Tres de ti en mí

Me debo de estar haciendo mayor, porque cada vez me muevo menos por impulsos propios y más por los de tus caderas.

* * *

Ha llegado el momento

(el doloroso momento)

de admitir que estaba equivocado

rotundamente equivocado

no me pregunten en qué asunto,

porque la verdad es que me he equivocado mucho últimamente

pongamos

desde los últimos veinte años (déjenle algo de margen a la inocencia)

* * *

De un tiempo a esta parte

(creo que por causa tuya)

tengo un saco de problemas insolubles,

que me persiguen como fantasmas todo el día.

Lo jodido es que me dejan dormir.

Conocía perfectamente todos tus caminos. Era capaz de interpretar cada una de tus sonrisas incluso antes de que se produjeran, sabía si un bostezo era de hambre o aburrimiento, al entrar en una tienda sabía perfectamente el objeto que ibas a elegir.

Había pasado por todos tus recodos, sabía de carrerilla tu comida, color, animal y mes favoritos, adivinaba tus estados de ánimo sin mirarte a los ojos si quiera, aprendí en seguida a distinguir tu olor de los otros olores, cada una de las líneas de tu mano de las otras manos, cada mínimo surco del tiempo en tu cara de los de las otras caras.

No fue suficiente. Todo empezó a estropearse el día que descubrí que sabía de ti mucho más que de mí.

A veces confundo el sueño con la realidad, casi como los poetas, y esa es mi única alegría. La realidad es casi siempre mezquina. Casi siempre si no siempre. Aquí en mi cuerpo a veces no sé qué pasa, aquí en mi vida no quiero saberlo nunca, que los que siempre estamos aguardando tenemos muy mal concepto de nosotros mismos. La espera es más insoportable cuando realmente no se espera a nada ni a nadie, cuando no se espera una ilusión, cuando no se espera a una persona; ni siquiera una alegría, que no son como las penas porque éstas sí vienen solas, cuando no se espera ni un tren que te saque del hoyo porque no tienes donde ir.

Esperar por esperar es como vivir perdido en un desierto, sólo que allí por lo menos te mueres de sed en una única agonía. Aquí se sufre una distinta cada día, aquí en mi cuerpo, aquí en mi vida.

Ahí en tu cuerpo no andas sufriendo a diario aunque no te escapes del dolor cotidiano que nos acompaña a todos. Ahí en tu vida hay menos tiranías y más esperanzas, incluso más bondades. Los mediterráneos no estamos hechos a la fatalidad, cualquier azar negativo nos parece enorme, pero vosotros los sobrelleváis como una parte insignificante de la vida, y vuestro lado del mundo siempre tiene más orden, tienes orden ahí en tu cuerpo, ahí en tu vida. Así que no te quejes.

Eso es lo que me parece entender de este lado de tus ojos; de este lado, tu mirada ni se escruta ni brilla, tus ojos no dejan ver nada y lo miran todo. De este lado de tus ojos me voy a sentir cada día más pequeño, que los que aguardan tienen mal concepto de sí mismos. Del otro lado no sé qué pasa.

Del otro lado de tus ojos puede ocurrir cualquier cosa, que ni yo ni nadie lo vamos a saber ¿Qué piensas?, ¿en qué estás pensando ahora?

En el fondo de tus ojos hay algo de mar.

No entiendo qué está ocurriendo, no sé qué alegrías ni que miserias nos sobrevienen, aquí en nuestros cuerpos, ahí en el mundo.

Porque bailas

Yo no sé, yo no sé qué pasa por tu cabeza, y quiero preguntártelo y abro los labios pero me quedo ahí, con el aire a punto de salir, con el aire en la garganta ahogándome (*¿qué ocurre con las palabras que no salen de la garganta?*) pero levantas los brazos, pero cierras los ojos y sigo sin saber en qué estarás pensando, me resigno, espero que te acerques y la vuelvo a abrir, y la música termina, y me rodeas la cintura para volver a casa, y me quedo con las ganas de saber en qué piensas ahí con los brazos en alto, con los ojos cerrados, bailando con dios sabe qué dentro de la cabeza.

Hueco

Los márgenes de mis cuadernos están todos anotados. No entiendo al que escribe y dice sufrir el *síndrome de la página en blanco, el miedo a la página en blanco*.

A mí me dan más miedo los márgenes vacíos, a una vida sin anotaciones que le den sentido.

* * *

(Invito a todos los lectores a anotar este libro en sus márgenes y aún en la contraportada. A todos aquellos que me lo manden completamente anotado, prometo regalarles un cuento)

Calle de los Encuentros

Pasé el primer mes en la Calle de los Encuentros aquejado de fiebre y sin salir de la habitación. Mi balcón estaba exactamente frente al de Manuela, y la calle se estrechaba tanto en ese punto que prácticamente sólo tenía que alargar la mano para alcanzar su ropa tendida. Todas las mañanas la veía repetir la misma operación del primer día, y como entonces me quedaba extasiado con el reflejo del sol en su pelo rojo. En su casa vivían, al menos, tres mujeres más que deduje eran sus hermanas, y las veía a veces pasear por la calle cogidas del bracete y cantando canciones de puerto y de taberna. Me asomaba sólo un rato por la mañana, envuelto en una manta, hasta que el mediodía del día número treinta de mi estancia, Milagros entró de sopetón. Lo primero que intenté fue darle las gracias por su hospitalidad y aclararle que en ese momento no podría pagarle por la habitación, pero Milagros me dijo que ya encontraría la manera, que no me preocupara, y que lo principal en ese momento era que saliera a la calle a recuperar el color y la alegría. Así fue como casi sin darme cuenta me encontré dentro del traje de uno de los huéspedes y sentado en un banco frente al colegio de la calle, preguntándome cómo había llegado allí y qué era lo siguiente que tenía que hacer.

“Usted es el del corazón roto”, la mujer que me lo había dicho estaba sentada en el mismo banco, pero yo ni me había dado cuenta de que no estaba solo. Decidí no preguntarle cómo lo sabía, y le pregunté si estaba esperando a su nieto. La mujer asintió, presentándose como Alicia e invitándome a pasar por su panadería cuando quisiera. En ese momento sonó la campana del colegio, que dejó escapar una riada de niños que se dispersaron en todas direcciones. Frente a la puerta sólo quedó una madre, que mecía un carrito de bebé vacío sin dejar de mirar hacia la entrada del colegio. Alicia, que cogía de la mano a un niño pecoso de pelo duro y corto, se levantaba para marcharse cuando le pregunté quién era aquella mujer del carrito. Suspiró antes de contestarme “La mayor de las Remei. Está esperando al hijo que se le murió hace dos años. Viene todos los días”. Estuvo a punto de añadir algo más, pero se despidió con un gesto suave y se perdió calle abajo. Manuela y sus hermanas aparecieron por el otro lado de la calle, rodearon a la mujer del carrito y, consolándola se la llevaron de allí mientras ésta trataba de negarse. Antes de desaparecer, giró bruscamente la cabeza y me clavó la mirada.

Reflejado en sus ojos, comprendí que ambos estábamos igual, y me sentí tan vacío como el carrito que empujaba.

Entonces

Entonces el mar no era peligro, sino promesa, mentira y ganas de llorar; parecía más grande, más asequible y voraz; entonces la vida no era peligro, sino menos mentira y ganas de volar.

La alegría primera ocurría cuando el tío Fermín terminaba el reparto al final del día, y a la chiquillería nos caían las sobras: tres sardinas raquílicas o un poco de pescadilla; un jurel, o la carne blanca de un pez espada los días que había suerte; nos escondíamos a asarlos y nos sabían mejor que cualquier otra cosa aunque comiésemos más arena que pez, porque tenían sabor de libertad y de verano, de felicidad provisional y de primeros besos en las dunas.

Entonces la noche no era peligro, sino baño de estrellas y pies cubiertos de sal; el cosquilleo del aire en el torso, el agua marina escurriéndose entre los dientes, los ojos quemados de mirar al sol.

Entonces la vida no era peligro.

El mar era promesa.

Manual para vidas inventadas

Hotel de la Reunión

c/ Sidi Ifni, 1039. Madrid

De: Cruz Bão, Miguel (habitación 0569), a D. Martín Martí Martínez, subencargado de cocina, caprichos, comodidades para clientes y otras penas del alma. Madrid, 15 de Agosto de un año par.

Estimado maître, o lo que sea:

Quisiera que Vd. me hiciese llegar, a mayor brevedad posible, un *launch* ligero y frío a base de emparedados para una persona; le ruego el queso no demasiado fundido ni recién cortado, el pan tierno pero ligeramente tostado, no se me vaya con la mano; de beber dese- aría agua con gas, pero que no lleve mucho, que los excesos –ya lo sabrá Vd.– siempre son malos, ni muy fría ni a temperatura ambiente, que es lo que mejor templó el cuerpo. También me satisfaría un zumo de naranja, cómo no, recién exprimido y sin colar, y algún articulito de chocolate, que un día es un día; rogaría me pongan toallas de un color más claro y, si pudiera ser, me despierten Vds. a las ocho de la mañana, tomaré el desayuno en la Sala Royal, café no muy cargado y tostadas; y eso es casi todo, tan sólo añadir que mi cama es fría y mis noches tristes desde hace tiempo, y perdone que no use metáforas originales, pero ya sabrá usted que las penas dan mucho que pensar y poco que inventar; quisiera también decirle que cuento los días en función de las noches en vela, que voy dejando un surco de tristezas y de esperanzas partidas por toda la casa, que las paredes de esta habitación de hotel se me vienen encima; quisiera que supiese, señor maître o lo que sea, que me falta ella en todos los rincones de mi cuerpo, que las alegrías son pocas y cortas, que un millón de rostros son un solo rostro en este laberinto luminoso que es la soledad, que no hay extensión más grande que mi herida, que por doler me duele hasta el aliento y perdone de nuevo que no sea original; que el canto de los pájaros me inquieta, y que mi propia voz me desorienta.

Atentamente, Miguel Cruz Bão, habitación 0569 del hotel de la Reunión.

Out of nowhere

Miles Davis sudaba en el escenario. A la misma hora, el tren con la resina para hacer lápices llegaba tarde a la estación de Málaga. Unos segundos después, Claudia enhebraba los botones grises de un jersey gris, en la nave de al lado, justo antes del almuerzo su amiga Rea amalgamaba la cera en finas vetas para darle forma de rana. Almorzaron junto al muelle sesenta y tres, miraron alejarse los pájaros, bromearon sobre el nuevo encargado, recogieron conchas de las redes; Miles Davis descansaba durante el solo de piano y bebía cerveza con limón como el que camina por el desierto. Apenas unos instantes después, el retrato de Adele Boch-Bauer se rajó en una de sus esquinas inferiores, y hubo que llevarlo a restaurar, en un país del oriente donde la inmortalidad aún era posible, Pay-Noh encendía incienso a los pies de la estatua del Dios de los Remordimientos, una misteriosa bolsa con las iniciales de un museo era recibida y no era abierta, alguien recibía una llamada a la misma hora de la tarde en que Leopoldo Marechal había terminado de escribir Adán Buenosayres, tres cartas eran escritas y tres cartas eran contestadas, y otras tantas cosas sucedían que no recordamos.

Out of nowhere. Años después, Miles Davis dejó de sudar definitivamente en los escenarios, los trenes no se pararon, movieron las fábricas de sitio, internet llegó a aquel país oriental, y las cartas eran cambiadas por un paquete marrón enorme que parecía venir de Nueva Zelanda, la felicidad definía sus formas, out of nowhere.

Nota para cuento

Una pareja pasea cogida de la mano por una calle peatonal. Ella coge lánguidamente el extremo de los dedos índice y corazón de él; él se limita a dejarse arrastrar, como si en esa parte de la mano estuviera toda su fuerza, y ella le llevase. Por la forma de vestir, están en la frontera entre ser turistas o matrimonio reciente gastando el domingo. Se alejan por la calle cuesta arriba, y al pasar frente a nuestra mirada podemos saber lo que traen en la cabeza.

Ella va pensando en tener un niño, y cómo decírselo a él. Él va pensando en qué parte del jardín enterrarán al próximo bebé.

Nunca se sabrá por qué Ms. Tickle cogió aquel tren. Los pocos pasajeros que la recuerdan y fueron interrogados por la policía hablan de una palidez en la piel, de unos guantes rojos muy llamativos que apretaba en una mano, sin ponérselos, y de una maleta con forma de sombrero. Cada uno de los testigos recuerda uno de los datos, pero ninguno de los otros dos.

* * *

Mr. Roushd consultaba el reloj de cadena en el portal de su otra casa. Mantenía en secreto aquella vivienda porque la dedicaba a una pasión que consideraba vergonzosa para un hombre como él: pintar. Aquella tarde acabaría el paisaje de un bosque donde el suelo estaría cubierto de hojas de almanaque. Murió la noche siguiente. Al descubrir la existencia del piso y de ese último cuadro, su viuda comprobó consternada que en una de las hojas estaban pintados todos los números del mes menos el del día de su muerte.

* * *

Carla Groin planeó durante meses su suicidio. Consideraba su vida mediocre, de ocho de la mañana a una de la tarde y de una y media de la tarde a ocho de la noche, duración su jornada laboral en la fábrica de piezas de automóviles; dedicaba todas esas horas a imaginar todos y cada uno de los detalles: el horno gas abierto, la liberación del chorro invadiendo el aire, la hora en que la casa de huéspedes estaba vacía, los paños en la rendija de la puerta, la carta en blanco porque no tenía de quién despedirse y las palabras exactas que nunca escribiría en ella. La mañana que decidió que lo haría al llegar a la casa, su compañera en la cadena de montaje levantó por primera vez la mirada, fijó sus ojos en los de Carla y sonrió. Volvió al trabajo y Carla no pensó nunca más en el suicidio.

* * *

A la modelo empezaban a dormírsele las piernas tras tres cuartos de hora posando. No le importaba permanecer desnuda, ni exponerse a las miradas del artista y sus amigos. La inmovilidad le

era insoportable. Necesitaba el dinero de esos posados de fin de semana, y sólo podía distraerse mirando por la ventana; con el frío ya no la abrían tan a menudo, y ni siquiera tenía ese consuelo. Empezaba a pensar seriamente en el suicidio.

* * *

El contable Roushd admiraba las pinceladas rápidas y suaves de su amigo sobre el lienzo. A pesar de que pagaba a una modelo, los cuadros jamás se parecían a ella. Decidió pintar el patio ocre que se veía desde la casa que heredó de sus padres "Un patio no me va a cobrar por posar", pensó.

* * *

Pasado un mes de su desaparición, los criados se atrevieron a abrir los cajones de Ms. Tickle. Encontraron una carta de despedida, pero ni los nombres, ni la letra, ni lo que se decía en ella tenía nada que ver con Ms. Tickle. Se despidieron de la casa, y un mes después, a uno de ellos le pareció verla en el cartel de una escuela de samba, en tournée por su ciudad. Los colores del cartel desentonaban tanto con el ladrillo de las casas, que tuvo que apartar la vista en seguida.

El plan perfecto

Hoy ha vuelto, y dice *Sigo siendo uno de vosotros, soy el mismo de siempre*, pero trae una malicia en la mirada y unas marcas en las manos que no tenía antes; se sienta a la mesa y dice *Pásame el pan*, o *Esta sopa está buenísima*, pero sabes que las cosas ya no significan lo mismo, y cuando te mira, mira con otros ojos, y son otras las manos justo debajo de los omóplatos, *Te he echado tanto de menos*, *Hoy hace un frío espantoso*, y hay una opacidad espantosa en la voz; y entonces, cuando ya crees que hay un Plan de Emboscados, cuando ya crees que nunca te devolverán a la persona que se marchó, te das cuenta que eres tú el cambiado precisamente por no haberte movido de allí.

Tal y como me lo contaron

Margaret era una acumulación de nudos y callos a lo largo de su diminuto cuerpo. Decía que había nacido el mismo año que el hospital colonial donde la atendí.

Lunes

- Hora de la pastilla, Margaret .

- No la necesito, querida. Vino a dármele un hombre invisible.

An invisible man, me había dicho. Veía hadas y seres que la rodeaban. Había enterrado a su familia entera y muchas veces me pregunté qué era lo que le motivaba a mantenerse viva.

- Pues quisiera hablar con ese Hombre Invisible, porque estoy segura de que la pastilla que te ha dado no es la misma que te traigo yo.

- Trae aquí hija, eres tan buena...

Y me pasó la mano encallecida por la cara.

Miércoles

- Soy un ángel. No tengo edad, cariño.

- No dudo que lo sea, Margaret, pero incluso los ángeles tienen que tomar su medicación. Además, hoy hablé con el hombre invisible, y me dijo que no podía venir a darle su pastilla, así que se la traigo yo.

- ¡Oh! pobrecito... no estará enfermo, ¿verdad?

- ...ha salido de viaje. No sabe cuándo volverá.

- Trae aquí, hija, eres tan buena.

Viernes

- ¿No viene nunca nadie a verla, Margaret?

- Todos los míos están muertos. Alguna vez pienso que debería ir a verlos al panteón, total, sólo está a 45 millas de aquí.

- ¿La enterrarán a usted allí?

- No, hija. A mí no me reservaron sitio porque sabían que no me iba a morir.

- ¿Que no se va a morir?

- La muerte se ha cansado de esperarme hija. Yo he sido más tozuda. Así que hoy, nada de pastillas. No hacen más que fatigarme más. Estoy tan cansada...

La cambiaron de hospital, se fue a uno público, y estoy segura de que allí sigue contando historias de cuando fue hada, y de cómo se convirtió en humana para casarse con un granjero de bigotes retorcidos, y de aquella vez que le hizo crecer alas a su perro para que llegase a tiempo de anunciar un incendio, o de sus paseos por el Olimpo griego, y de cómo las diosas no eran como en las litografías, sino mucho más rubias.

Max Aub

Cerax atraviesa con su carro las puertas de la ciudad, y cruza la breve llanura hasta el camino de las colinas de Sicilia. Cuando llega al pie del Mar, detiene los bueyes y otea el horizonte cubriéndose los ojos con la mano derecha. Aquel mar había emergido esa misma noche, porque el día anterior, cuando volvió de allí hasta la Ciudad Nueva de los Cartagineses, lo había hecho en línea recta y sobre su carro.

En el aire flota el olor a sal, y acuden las primeras gaviotas.

Tendré que aprender a navegar, piensa tranquilamente.

Algunos días de Septiembre u Octubre

El 13 de Octubre de 1941, Albert Camus caminaba por un arrabal de Orán pensando en qué sería de su destino lejos de su patria y lejos también, por sentirse extraño en ella, de Argelia. Había llegado por la mañana en el barco de Marsella con escalas en Ibiza y Alicante; viajaban con él muchos republicanos de España aún recientes haciéndose pasar por turistas o burgueses en busca de mano de obra, muchos niños que dormían dentro de cajones en la cubierta, muchos paisanos que huían de Vichy.

Atardecía. El declinar del sol en octubre es muy largo en Orán; a la hora de la siesta una espesa niebla se sitúa alta, en el lugar de las nubes, y permanece allí hasta la noche. Los cafés estaban abarrotados, pero por más que preguntaba en uno y otro sitio, no encontraba dónde alojarse, a pesar de que visitó todos los lugares que recordaba de su niñez. La fiebre o la desorientación le hicieron arrabalearse, con la chaqueta manchada de barro de arriba a abajo, un cigarro sin encender aplastado en la boca y una carpeta de cuero negro como único equipaje. En ella iba el primer borrador de *El extranjero*, pero estos días en Orán le hicieron cambiar completamente el argumento.

Decidido a dormir en un barranco desde el que se divisaba el puerto y el mar sucio, antes de llegar a él vio un café que no recordaba. Debía ser el único que quedaba abierto en toda la ciudad. "Krishna Café", rezaba el letrero de madera en la fachada. Entró para guarecerse del frío mientras le dejaran, pero al llegar, como en El Malentendido, le pareció que ese lugar era el de su infancia y que conocía a la mujer de detrás de la barra. Se saludaron. Tomó café y leyó los diarios locales. Antes de cerrar, ella le preguntó si tenía dónde quedarse, y le alojó de inmediato.

Mientras le mostraba la habitación, le recordó que una vez se habían conocido, que la hermana de ella y él habían compartido besos y promesas una noche en los alrededores de la catedral, la noche antes de que Camus se marchase a Francia. Esa noche le había prometido volver a por ella y, como sabemos, rompió su promesa. La hermana murió de fiebres pocos meses después.

Camus pasó allí dos semanas, que le sirvieron para reescribir *El extranjero*; durmió en una cama de amapolas y probó los tés de Orán por primera vez; jugó con el gato de ella, despreocupado de la guerra y puso en orden su alma. Los entendidos en su obra dicen que fue allí donde encontró fuerza suficiente para seguir escribiendo.

Invocación para actores de medio pelo

Mirábamos un campanario, y me dijo que la cigüeña es un ave que trae suerte.

Tenía la piel oscura; los ojos grandes, negros y tristes; la voz como una campana de bronce, como una diminuta campana de bronce; las manos pequeñas y de dedos huesudos, las piernas largas y ágiles; la curva de la frente limpia, la cara en oval y afilada; el cuello largo y apetecible, el doble pecho breve, el nombre sencillo y los hombros prontos al abrazo; la sonrisa tranquila, la palabra escasa, el pensamiento inescrutable, la alegría contenida, el ademán serio, la timidez adentro; el pelo muy negro, el pelo liso; las manos hábiles, la escritura perfecta, el oído atento, las ganas eternas de aprender. Rumor de lluvia en los pasos y de espejo en la mirada, como quien busca que no le miren; rubor de ignorancia en las mejillas y de entusiasmo en el pecho; brevedad en la cintura y en las palabras: mi público, mi único público. Quizá no necesito otro.

Los desubicados

En la primavera de 1934, Simón volvía corriendo a su hotel, situado apenas a 500 metros de la Plaza Roja; a dos calles de allí, una vieja desdentada y borracha o loca reía a carcajadas porque un jirón de la manta que le servía de vestido se había desgarrado; un niño espiaba por la rendija de la puerta cómo sus padres hacían el amor: él estaba atado de pies y manos, y ella le cabalgaba ignorando sus gritos de dolor; cerca de un atolón de Polinesia un avión japonés se hundía para alimentar con su fuselaje al coral; en Ciudad de México dos jefes de estado, uno europeo y otro asiático, firmaban un acuerdo que la Historia ha olvidado y que debía permanecer secreto; la vieja de Moscú aumentaba el volumen de sus carcajadas a la vez que arrancaba trozos del vestido dejando al aire su cuerpo grumoso y lleno de sebo, dos niñas decapitaban muñecas para ver si había otros niños dentro, como les habían dicho en el colegio, un rayo caía en un campo anejo a la catedral de La Habana, a pocos metros de donde unos hombres dormían antes de proseguir el trabajo; los niños en la calle se arremolinaban alrededor de la anciana desnuda que reía con timbre de soprano.

Se desataba una lluvia de agua negra en toda la tierra. Delicadamente, como si estuviese metida en un saco y se hubiese deshecho un nudo de raso.

Una cantante trataba de hacerse oír por encima de la máquina de dardos cerca del Pont des Arts, mientras en el mismo lugar en que un poeta sufí había predicho que el que no se deja embestir por un camello ciego entrará en el cielo, dos hombres devoran a un tercero; en Ciudad del Vaticano, Roma, una rata paría bajo la cama del Papa. A bordo de un coche azul con matrícula impar un hombre salía a encontrar una muerte que no sabe que le está buscando.

Oscura, en un rincón, una mujer de negro va tejiendo todos estos destinos que se han quedado fuera de la madeja.

Spolium

Hilda está bailando sobre la mesa con los ojos vendados. No sabe que los hombres que la han obligado yacen dormidos o muertos sobre sus sillones, víctimas del alcohol o del veneno. Como no oye nada, no sabe cuándo debe parar. No se atreve a parar. No quiere parar.

El teléfono móvil suena insistentemente. A. lo mira brillar sin poder cogerlo desde el fondo del lago, dentro del coche.

Para cuando dio con la respuesta correcta, el rabino Detzler de la secta de los Impacientes se había quedado solo en la sinagoga.

Antes de desmayarse, M. tuvo tiempo de ver sus encías derritiéndose sobre el vaso. De cristal rojo.

De pronto aquella tarde, Joachim B. lo comprendió todo. Primero se le dibujó una sonrisa en la boca, poco a poco no pudo evitar que ésta se le abriera en una mueca que dejaba a la vista sus dientes podridos para acabar en una carcajada de origen animal que todavía resuena en mis oídos.

La calle de los Encuentros

Comencé a trabajar en la panadería de Alicia sin darme cuenta. Me sentaba en una silla a escucharla, y de vez en cuando su marido salía del obrador con un pastel o un croissant y me lo daba a probar. Se quedaba entonces mirándome muy serio, esperando mi veredicto, y aunque yo siempre le decía que todo estaba muy bueno, detectaba por mi cara si le faltaba azúcar o le sobraba huevo. Cuando terminó la semana, Alicia me dio un sobre que lleva mi nombre escrito “Tu jornal”, quise rechazarlo, pero me dijo que era el mejor catador que habían tenido nunca, y que si no me parecía suficiente labor, podía despachar de vez en cuando. Con el sueldo en la mano, fui a liquidar mi deuda con Milagros, que tampoco quiso cobrarme “Prefiero que limpies el desván: ése será tu pago”. Allí no había mucho trabajo, y cuando terminé me puse a curiosear dentro de los armarios y los baúles a los que acababa de quitar el polvo. Estaban llenos de disfraces prácticamente nuevos, como máximo usados una vez. Milagros me explicó que eran para la fiesta de San Juan, que allí celebraban como el carnaval, y me dijo que eligiera el que más me gustara.

Escogí uno que llevaba la pomposa etiqueta de “Sultán del desierto”, y envuelto en seda y bajo un turbante amarillo que me tapaba la cara, paseé esa noche por la Calle de los Encuentros entre piratas, princesas y payasos. Los niños eran los que llevaban la voz cantante en la fiesta, y dirigían las actividades de una punta a otra de la calle, siendo la mayor de ellas el pasacalles que finalizaba en la plaza que la partía en dos. Como casi todos los disfraces llevaban embozo, no reconocí a nadie, aunque todos me saludaban y se saludaban entre sí efusivamente. Al único que reconocí fue al Alcalde, que se había caracterizado de galán de los años 20. “Acompáñeme”, me dijo “ya me he enterado que trabaja en la panadería, y me han hablado muy bien de su trabajo”, le seguí hasta un portal desde el que se contemplaba el final del pasacalles, donde cada vez que un grupo terminaba de desfilar ofrecía un pequeño número circense.

Tan embobado estaba, que no noté la mano que me agarraba del turbante y me arrastró al callejón siguiente, me tapó la boca para que no me quejara, y vi que le seguía un brazo de piel blanca rodeado de aros de metal que terminaba en una princesa egipcia cubierta por la máscara de Bastet “¿Sigue con el corazón roto?”, me dijo, “Estoy mejor, gracias, pero...”, no me dejó terminar la frase, porque a través del hueco de la boca de la máscara, me besó largamente: y yo noté el frío del metal de la máscara sobre mi cara, la mano acariciándome el rostro, la lengua peleando con la mía, pero sobre todo noté el suave y rojizo acariciar de los rizos de Manuela contra mi cuello.

Fragmentos de un pozo de luz

No es lo mismo cuando Miguel me rodea con sus brazos de hombre y me abraza con sus manos de hombre; y me aprieta toda contra él con fuerza de hombre crecido de golpe, ya no es el chiquillo flaco y huidizo que cuenta estrellas y habla a los pájaros, ya no es el crío retraído y tímido que se sienta en una esquina del parque infantil a leer libros sabidos de memoria, ya no es el niño de pelo corto y duro que se sube las gafas con un dedo como pidiendo disculpas, puedo oír su voz llamándome por mi nombre –¡qué bien suena en sus labios!–, oír su voz llamándome con el nombre que sólo él y yo conocemos, me registra el pelo y las mejillas con su olfato, me amordaza a besos y me refugia en su pecho de hombre. Acaso soy yo más alta, más grande, pero crece de golpe adquiriendo dimensiones de gigante, y emanan de su piel y de la mía olores que no conocemos y nos excitan aún más, y me paso el día sonámbula por las esquinas, me sorprendo pensando en él cuando no quiero, y deseando que llegue ese momento del día en que nos quedamos solos y él deja de ser un niño y yo vuelvo a ser niña, y sus manos crecen y mi pecho debajo de ellas, ajusto mis escasas curvas a su cuerpo como el que teme caer a un abismo, y por primera vez en todo el día dejo de tener el mando, dejo de tomar decisiones y ponerle rumbo a la vida, me extiendo sobre su cuerpo más pequeño tratando inútilmente de cubrirlo, y dejo que me lleve donde quiera, que haga conmigo lo que quiera porque mi vida es la suya en esos breves momentos en que él ya no es pequeño y yo sí, y todo es distinto entonces.

Manual o bestiario de criaturas que no existen

Las criaturas de los sueños

Sólo la gente vulgar recuerda sus sueños. Las más terribles pesadillas, en las que los muertos queridos vuelven para recordarnos lo infelices que fueron y que somos, en las que hay persecuciones en laberintos oscuros y húmedos, caídas al vacío sin fondo, horribles presagios de muerte y mutilaciones, dientes cayéndose, puertas que no se abren y ocultan algo terrible, palabras que no podemos articular y que se quedan atrapadas en nuestra garganta... todos estos sueños son tan banales, que al día siguiente la gente vulgar puede recordarlos sin mayor problema. Los sueños que yo y los como yo tenemos, revelan tales prodigios, son de tal magnitud y de naturaleza tan terrible, que decidimos olvidarlos justo antes o después de despertar. Tenemos dos vidas diferentes, la real y la soñada, y nos movemos libremente en cada una de ellas, hasta que la soñada –donde ocurren cosas que vosotros jamás seríais capaces de imaginar– se impone como real a la real.

Somos criaturas del sueño y de la noche, y como tales os tratamos.

La Ficción de las Aves

En el cuarto día creó Dios a las aves todas, y les concedió infinitos cielos para que camparan a sus anchas por ellos. Repartió alas y picos de naturalezas dispares: Martines Pescadores, Gaviotas, Pelícanos y Golondrinas compartieron los dominios del viento con cierta armonía y con las diferencias naturales que tan variado catálogo volátil presenta. Fue Dios algo cruel en el reparto, y aunque no negó (las) alas a ninguna de las aves, las hay que no pueden volar, y nunca veremos un Emú o un Pingüino surcando el cielo. Se le escapó también a Dios algún pico de más, y cayó sobre anfibios como el Ornitorrinco. Pero más allá de estos despistes, perdonables por ser quien es el que los comete, quedó satisfecho Dios de su obra porque consiguió que las aves —especialmente las más pequeñas de entre ellas, como Canarios, Petirrojos o Estorninos— imitasen con bastante exactitud el hablar de los ángeles, y se regocijaba en oírlas repetir sus conversaciones. Se decidió que ningún color faltase en ellas, y puesto de cada especie un ejemplar cada uno junto a otro, los millones de tonos de la escala cromática estaban representados.

Así, vista la disparidad de los hablares angélicos, y lo diferente de sus costumbres, se sirvieron los ángeles de las aves para la comunicación entre ellos. Los de las profundidades del mar prefirieron Gaviotas y Cormoranes para los mensajes con otro tipo de ángeles, acortando sus patas y alargando sus alas; para comunicarse entre sí, escogieron al Albatros de majestuosas alas pese a lo horrible de su canto. Los ángeles africanos de pieles doradas eligieron aves pequeñas y de plumaje poco denso, que se agruparon y recibieron el común nombre de Verano. El Ubú y el Flamenco tampoco fueron desdeñados, y las aves minúsculas les sirvieron para comunicarse con otras bestias superiores. Los ángeles en tierra o ángeles sin alas gozaron del favor de Cóndores, Águilas y Cigüeñas, pues era tan bronco y desagradable su lenguaje, que sólo este tipo de pájaros podía imitarlo.

Y así, hasta completar el catálogo angélico, que de tan numeroso y amplio obligó a las aves a su multiplicación sin fin, y ya esté el cielo raso o la tormenta descargándose, siempre hay aves transportando mensajes, y son los verdaderos y cabales habitantes de la tierra.

Zoología básica

El ornitorrinco es un animal envidioso.

El pingüino es un animal engreído.

El león pasa la mitad de su vida enfadado.

Las arañas son seres que se aburren mortalmente, y tejen telas para tener compañía.

El dromedario está harto de sustituir a su primo el camello en los paquetes de tabaco.

El lemur zozobra.

Las musarañas quieren estar solas.

El albatros vuela tan alto para que nadie le vea llorar.

Los chimpancés están hartos de vivir en los árboles, y cuando duermen sueñan con infinitos desiertos de arena en los que jugar al escondite.

A la pulga le gustaría tener pulgas.

Un gato fue la primera criatura que dibujó un gato.

Tras una dura votación, dividida entre pro-mamíferos y pro-ictiólogos, las sirenas decidieron que no había forma de aclararse, y que cada una se llamase a sí misma lo que le saliese de las escamas.

Hecho de tiempo I

El reloj marca las doce y diez todo el día desde hace dos semanas. El hombre mira esperanzado y con fastidio continuamente las agujas, mientras se pregunta por qué se le habrá ocurrido a Dios parar el tiempo para realizar su Juicio cinco minutos antes de que se le abriesen las puertas de la prisión.

Hecho de tiempo II

El calendario no es para llevar la cuenta de los días que van a llegar, sino para darle forma física a los que ya han pasado, porque nuestro único registro de ellos, la memoria o el recuerdo, es débil y deformable.

Aparentaba más años de los que realmente tenía; poco pelo desemparejado a ambos lados de la cabeza, espalda encorvada la bajo la chaqueta negra, y la ganchuda nariz enmarcada en unos pequeños ojos brillantes. Tenía la muñeca girada y la vista clavada sin disimulo sobre el reloj. De cuando en cuando levantaba la cabeza, miraba receloso a un lado y a otro, y la volvía a humillar, absorto en su tarea de observar el devenir de las agujas. Al cabo de media hora no pude aguantar más, me acerqué a su mesa y le dije: “Perdone, ¿por qué mira insistentemente el reloj? ¿Está esperando a alguien?” No movió ni un músculo mientras me respondía tras unos segundos: “No quiero que se pare”, contestó al fin, “lo hace constantemente si no lo vigilo”. Con una sonrisa en la boca le dije “Si se le para el reloj, llévelo a arreglar”. Cuando estaba punto de volver a mi mesa, levantó repentinamente la cabeza y puso la espalda recta. Me miró desde el fondo de sus pequeños ojos, como si yo hubiese dicho una barbaridad o como si él no pudiera realmente verme, con aspecto cansado o incrédulo. “El tiempo. Lo que me da miedo es que se pare el tiempo”.

Hecho de tiempo III

Entre mi cuarto de hora corto y tus veinte minutos largos hay un abismo tristemente insalvable.

Zoología avanzada

Seis marionetas de dedo hechas de lana descansan junto a mi atril, y reproducen las conductas de sus congéneres de carne y hueso.

Al tigre Romualdo le gusta encaramarse a mi colección de faros sólo para saber si es verdad lo que le dicen los otros: que desde lo alto se ve Sumatra.

El pingüino Rodrigo se suele esconder en el farol que V. me trajo *porquesí*. Dice (Rodrigo, no V.) que el calor de la vela le recuerda el de las fogatas que hacían en el Polo cuando les dejaban de grabar esos pesados de *National Geographic*.

El mono no quiere ninguno de los nombres que le doy, y le sorprende cada semana hurgando entre las páginas del María Moliner en busca de uno que le guste. Este mes ya se ha llamado *Lordosis*, *Barboquejo* y *Voquible*, y estoy decidido a acercarle el diccionario de etimologías, sólo por fastidiar.

El pulpo (o pulpa, nunca me atrevo a preguntarle) Vicen es manco, pero no lo sabe. Lo tejieron sólo con siete tentáculos, pero como no ha visto nunca a ninguno de sus congéneres, no entiende de qué se ríen los demás.

La rana Jacinta cree que es una estupenda cocinera. Yo le insisto en que las pelusas no se comen.

La ballena Aurora es la única marioneta que, al ajustarla en mi dedo, se queda mirando al techo. En ese momento cree que ha emergido a la superficie, y suelta un chorro de agua que no cesa hasta que la dejo otra vez en posición horizontal.

Todas estas historias son verdaderas, y si el lector curioso quiere recibir una fotografía de cualquiera de ellos durante sus aventuras, sólo tiene que pedirla a oscarmora@gmail.com con el asunto “la vida de las marionetas”.

Un puñadito de granos de arroz

Cada vez que estoy llegando a casa y veo un Clio gris aparcado cerca pienso que es ella, que ha venido de lejos a darme una sorpresa, que ha dejado el coche aparcado a la vista para que se me anticipe la alegría.

* * *

Sólo cuando su madre no la ve, I. se aúpa a un taburete frente a la cazuela y aspira el vapor para adivinar qué hay dentro.

No sabe por qué se avergüenza

* * *

Le gusta mirar de vez en cuando a los lados y descubrir que sus tacones no dejan indiferente, le gusta mirar unos centímetros por encima la imagen de sí misma hace sólo unos meses, es una auténtica mujer fatal. Cuando se harta de todo esto y ya no tiene que actuar en la calle, lo que le gusta es acurrucarse junto a un hombre gordito y rascarle la barriga, lo que le gusta es llevar un pijama de pies de felpa hasta el cuello, lo que le gusta es hundir la mano en el bote del arroz y dejarlo caer poco a poco del puño como si fuese arena.

* * *

Nadie diría al verla pasear por la calle que no ha dormido y no le importa, que tiene un secreto que no compartiría con nadie, que a veces se desmaya cuando llega al orgasmo, que anoche era la dueña del mundo.

Todas las mujeres poseen un secreto, inmenso y único, que la mayoría ejerce y que pocas o muy pocas de ellas realmente conocen.

Coda morosa:

Lo llevan escrito en la sangre con sangre, y casi se limita a un instinto que un día de estos voy a descubrir. (Prometo informar a todos los lectores en cuanto lo averigüe, así como espero que me hagan partícipe de él si lo alcanzan antes que yo: mi correo electrónico aparece en la contraportada)

Juan Sin

Dicen en la radio que las amebas sienten el miedo. Que hay diferentes situaciones ambientales que las hacen *reptar* literalmente de pánico. El miedo es un abismo atrayente, el miedo nos recuerda que estamos vivos, el miedo tiende puentes con lo que no conocemos, el miedo es el miedo. Quien lo tuvo lo recuerda cuando menos debe, y el miedo mismo se teme de no provocar temor. No nos iguala; el alto teme ser alto, y el bajo, bajo; el miedoso teme a su miedo y el valiente a tener el ajeno, el miedo de los demás se nos contagia como transportado por una ameba, y cada miedo tiene un sabor y una textura diferente. El temor a uno mismo sabe a cerilla encendida bajo la nariz, el temor al ridículo amoroso sabe a esa misma cerilla debajo de la lengua. El que teme a temer ya está un poco muerto.

El miedo nos hace reales a los ojos de los demás.

La memoria del plomo

Me contaron la historia de un soldado que tenía alojados restos de metralla en el estómago (no recuerdo si era italiano o suizo; la verosimilitud de la historia pide que sea italiano, pero precisamente la trama cobraría interés si fuera suizo: para no honrar la mala memoria, diremos que era suizo, de un cantón italiano); después de haber sido herido y curado en un hospital enemigo, es confundido con un soldado del ejército contra el que peleaba y puesto en libertad. Desde entonces, deambula como natural entre extranjeros, y siente la tentación de olvidar su patria original para adoptar las costumbres bárbaras, pero cuando eso ocurre, la metralla se enrojece y le abrasa si su cuerpo está frío, y se enfría hasta un dolor insoportable si su cuerpo está caliente.

La literatura debería hacernos sentir siempre eso: que somos extranjeros de todo país y de todas las letras, que la única cosa que podemos reconocer verdaderamente como propio son esas lecturas que nos queman cuando más fríos estamos.

Rerum Angelorum

“Durante los últimos veinticinco años de su vida(...), Emmanuel Swedenborg fijó su residencia en Inglaterra. Como los ingleses son taciturnos, dio en el hábito cotidiano de conversar con demonios y ángeles.”

JLBorges, El libro de los seres imaginados.

– Entonces deben tener sexo. Sí, ¿pero cuál?

– No estoy tan seguro. Cuando lo vea, lo creeré...

El viento agitaba dulcemente sus cabellos; tendidos sobre la arena, tenían conversaciones inútiles, que acaso son las mejores porque son las que mayor placer proporcionan. Entregarse a discusiones inútiles es fácil cuando se tiene la eternidad por delante, y cuando uno no trata de convencer al otro ni de llegar a una conclusión.

–...pero si lo tienen, debe ser femenino. Lo he leído en los libros.

– Harías mejor no creyéndote todo lo que lees.

– Entonces, ¿cómo puedes estar tan seguro de que tienen sexo?

– Porque todo lo tiene, todos los animales, incluso las flores. La noche es femenina porque es oscura y acogedora, porque no se enorgullece de ser noche sino que se oculta en sí misma; el día es de los hombres porque es orgulloso y radiante, porque no se esconde...

– Eso no son más que tonterías.

– ...el idioma griego es femenino porque abunda en las eses y en las zetas, en adjetivos silbantes, *Athenos politós eimí*, abunda en palabras dulces y en la musicalidad de sus verbos; el alemán es rudo e impronunciable, *Ess Muss Sein*, duro, rompiente y obligatorio. Las aves ¡mira las aves!, las aves y los felinos tienen una elegancia fatal, femenina

– Quizá tengan más de dos, en el caso de que tengan.

– Eso ni tú ni yo lo podemos imaginar.

– O que tengan varios a la vez.

– A lo mejor hay equivalencia entre ambos.

– Si lo tienen, es femenino, de eso estoy seguro.

– De lo que deberías estar seguro es de que sí tienen sexo. Además, debe ser masculino, fuerte para aguantar los siglos de humanidad y llanto.

– Si pudiéramos verlos...

Se quedó dudando un momento. La playa estaba preciosa aquella noche, aunque ya se sabe, todo lo onírico y lo irreal siempre es hermoso.

– Quizá sean una leyenda. Quizá no existan. Sería lo más fácil, y acabaría con esta estúpida conversación.

Los dos se callaron. Azriel se sentía ofendido porque Haniel trivializase con ese asunto. Él creía en los hombres, era su razón de existir el protegerlos aunque no pensaba que tuviesen sexo. El silencio se hizo vacío de tan profundo, y las olas y el Viento se detuvieron para poder oír mejor el resto de la conversación de aquellos dos ángeles aburridos que no sabían en qué ocupar la eternidad.

Rerum Angelorum II

Más sabe el diablo por ángel que por diablo.

Rerum Angelorum III

Advertencia al lector: vaya con cuidado, porque algunas metáforas las carga el diablo./ Advertencia al escritor: vaya con cuidado, porque algunas metáforas las carga el diablo./

Advertencia al poeta: vaya con cuidado, porque algunos diablos están cargados de metáforas.

La calle de los Encuentros

Al día siguiente me encontraba despachando en la panadería cuando entró Manuela. Sonriendo y sin dirigirme la palabra, se puso en la cola y dejó pasar a todo el mundo hasta que nos quedamos solos. Me ardía la garganta y la cabeza me daba vueltas, ansioso por saber lo que quería decirme.

Se limitó a pedirme el mismo pan que se llevaba todos los días, con la única diferencia que lo pidió muy despacio y sin dejar de sonreír.

Cuando se lo alcancé, decepcionado, su mano rozó levemente la mía, produciéndome una descarga de calor que me hizo retirarla al instante “Considéralo un adelanto”, me dijo, “te veo esta noche”. Se fue, y fui incapaz de preguntarle dónde quería que nos viéramos o si quería que la recogiera en su casa. No hizo falta, ya que cuando volví por la noche a la pensión, estaba esperándome en mi propia cama.

Una a una, fue deshaciéndome las penas y los nudos que me había llevado hasta allí, consiguiendo que ya no recordara nada y que en algunos momentos olvidara incluso quién era yo mismo. A la mañana siguiente cuando me desperté el sol ya calentaba su piel desnuda. Me daba miedo moverme o respirar muy fuerte para no despertarla y poder seguir contemplando su cuerpo enrollado sobre el mío.

Pero ella ya estaba despierta y me estaba oliendo la piel muy despacio y centímetro a centímetro. “Ya no te queda nada”, me dijo, “nada que sacar. Ya estás casi curado”. Le acaricié la cabeza intentando descifrar lo que me decía, pero no me quiso volver a contar nada.

Desde ese día quedábamos todas las tardes frente al colegio, yo trataba de impresionarla contándole todas las cosas que había aprendido en mi vida anterior, pero eso aburría mortalmente a Manuela, que se empeñaba en que aprendiese otras: me tapaba los ojos y me obligaba a distinguir el canto de cada pájaro, me coló en el patio del colegio un fin de semana para enseñarme cómo jugaban allí a la rayuela, me subía a los tejados de noche para que viera que las constelaciones cambiaban día a día... a veces me explicaba la historia de todos y cada uno de los edificios de la Calle de los Encuentros: quién lo había construido, cuándo, quién se había enamorado, cuánta gente había estado a punto de saltar desde arriba... y que según esos datos, bautizaban de una manera u otra al edificio. Una vez paseábamos por el centro de la calle, cuando le pregunté por la historia de un callejón. Sin decir palabra, me cogió de la mano y me introdujo en él, pegándome a la pared. Acercando su cara a la mía, me dijo “Este callejón llevaba el nombre de un asesino”, se acercó aún más a mí, “pero esta esquina, en concreto, es *nuestra* esquina” y me besó como aquella noche de San Juan, mientras, atónito, vi que el cartel del callejón llevaba nuestros nombres.

Botánica asombrosa

En la orilla derecha del Tíber (y sólo en la derecha) crece una variedad de girasoles que, en una de cada cuatro generaciones, tiene uno de sus pétalos de color negro. Se puede diferenciar en la parte baja de la planta y suele estar escondido entre otros dos pétalos de color perfectamente amarillo.

En la región de Panarea es abundante el lentisco. Normalmente las flores son rojizas, pero hay una parte de la isla donde son de un blanco inmaculado que, en las épocas de mayor floración, daña la vista si se mira fijamente.

Ambas especies pierden sus propiedades si son vistas directamente, por lo que los que se encargan de cogerlas lo hacen provistos de viseras y reflejando el camino en pequeños espejos de mano. Una vez localizadas cualquiera de las dos plantas, se cortan con mucho cuidado (no se puede utilizar metal para esta operación) y se guardan en sacos.

Antiguamente, para su elaboración los manipuladores usaban una venda en los ojos; para evitar el sabotaje de las grandes perfumeras mundiales, en épocas más modernas sólo se empleaba a personas ciegas. Machacadas y mezcladas con cuidado ambas sustancias, disueltas en el agua más pura que pueda encontrarse, se obtiene el filtro de amor más eficaz que existe.

No es extraño que ya casi nadie crea en su existencia o que estas dos especies escaseen hasta el borde de la extinción: la falta y necesidad de amor es notoria en todas partes.

Manual para el resto de nuestras vidas

El que encuentra empieza a perder

De las cosas perdidas, de las cosas perdidas para siempre, nos quedan dos o tres noches de hotel sin desperdicio, una lectura en tren que nos cambió la vida, cuatro o cinco frases que aún no nos hemos dicho, repasar con el dedo el borde de las fotografías; aún tenemos cinco o seis lustros recorridos, queda el rencor, la furia y el hambre; quedan las vigiliias en autobús, el tiempo juntos y los mordiscos por detrás y por delante. De lo perdido queda siempre el sueño, el bienestar, la tranquilidad en lo que ha pasado; el *regressus* sin *processus* que lo cambie, el mar en calma, las sonrisas y los besos, y despertarte en la mañana de tu aniversario.

El deseo impreciso

No nos llevamos bien, por lo general, con la naturaleza de nuestros deseos. Queremos, queremos cosas que nos negamos, que negamos para nosotros y para los demás intentando protegerles o protegernos; queremos, queremos cosas que no están a nuestro alcance hasta que definitivamente probamos por un momento eso que estaba en nuestras cabezas, y entonces qué, nos decimos, y ahora qué.

Luego viene la confirmación, la árida tierra en la boca y por las noches, la tristeza lunar, la soledad sonora con forma de sombra áspera, el diablo tendido junto a la cama, el sol entre los pechos, la tos seca y la saliva con rastro de sangre, y entonces qué, pensamos, y ahora qué.

Asumimos entonces qué es lo que de verdad queríamos, y lo ponemos al lado de la raquítica realidad que nos han dado para sobrevivir, y no hay manera, nos decimos, no hay manera de sobrevivir así. Es entonces cuando acudimos a todos los que ya han estado como nosotros antes, es entonces cuando Pessoa, cuando Rulfo, el refugio queda en ese recuerdo, en ese momento en que probamos nuestros deseos y mientras se nos iba la vida, y qué ahora.

Diez falibles trucos para ser feliz

1. Cuando te den un beso, pon siempre la otra mejilla.
2. no escatimes en abrazos, porque siempre te serán devueltos;
3. La gente lo es todo, al menos casi siempre.
4. Intenta no desconfiar de nadie ni siquiera de ti mismo.
5. Llorar las alegrías y las penas, el problema es no saber llorar.
6. La búsqueda es el objetivo de la búsqueda misma.
7. Tenle miedo a las verdades demasiado claras.
8. Cualquier instante, cualquier lugar es hermoso, también cualquiera.
9. Sea como sea, si no quieres no eres.
- 10.

* * *

El truco diez, se entiende, está intencionalmente dejado en blanco para que el lector anote lo que a mí se me ha escapado.

Motivos para un regreso

Todos somos sacos de palabras. Palabras buenas, palabras malas, palabras de, palabras contra, palabras del sí y del no, palabras de todos los quizá y sobre todo de los nunca. Palabras para ir, palabras para venir, para volver, acoger, tomar, despedir, acariciar en una frase, palabras de miedo, palabras de mucho miedo, de querer, de buscar y amaestrar. De luz. De sombra.

De todas las palabras que nos contienen hay una, al menos una, que ya no volveremos a decir ni a escuchar, y fatal y felizmente no sabemos cuál es. Cuando esté completa esa lista de todas las palabras sin las que podremos sobrevivir el tramo de vida que nos quede, estaremos realmente en paz.

Escribía a diario un cuaderno en internet durante cuatro años, y cuando se cayó por última vez el servidor donde estaba alojado, sentí cierto alivio y sólo un leve deseo de avisar al administrador. Como pasaban los días, y no me volvía la necesidad de escribir en él como otras veces, lo dejé estar. Era como esos ex-fumadores felices a los que no molesta el humo, y se quedan mirando embobados como gira de la boca ajena al techo. Nunca sabes si están pensando en "por qué me enganché a este veneno" o "qué ganas tengo de volver a dar una calada".

Ahora que lo he retomado, creo que debe ser porque tener palabras ya vedadas para siempre nos lleva a escribir, a buscar dónde estén. O porque los vicios de verdad no se abandonan (un gesto al pasar bajo un arco, una forma de arrastrar los pies, una única manera de ahuecar la almohada, una mano en el cabello), y contar mentiras, que es a lo que me dedico, siempre es un asunto divertido.

Hambre

Es la vida, sólo la vida, y es toda tuya; cuanto antes te des cuenta, mejor para tus intereses, ya verás, hazme caso, no la gastes o que no te la quiten porque no tienes otra. Si vas a darla, ándate con ojo, elige bien y piensa en cómo te arrepentirás si te arrepientes, planea cuidadosamente cómo la recuperarás y dónde meterás los años, meses, días perdidos. Entretanto, que no se te escapen las oportunidades.

Al fin y al cabo, era tu vida.

A Nata

Últimamente, todo está cambiando a

peor pero

por lo menos está cambiando,

que ya es algo más

que tener que cogerlo cada vez

allí donde lo dejamos porque

esta angustia ya me está devorando el alma.

Me hice un esguince en el sentido común, y estoy pasando una temporada en compañía de un entrenador experto en estos casos.

Esta mañana, frotándose la pierna, me lo dijo:

- *Follar, salir corriendo y pedir en matrimonio.*

- *¿Qué?*

- *Follar, salir corriendo y pedir en matrimonio hincando una rodilla en tierra tienen una cosa en común: para esas cosas es necesario el psoas.*

- *¿El qué?*

- *El psoas ilíaco, un músculo.*

Ya lo saben, cuiden de sus psoas ilíacos todo lo que puedan, y practiquen estas tres actividades en la permutación que mejor les convenga.

De nada.

País volátil

Lo bueno de trabajar con niños, con varios grupos de niños cada día, son las sorpresas, las alegrías, lo inesperado. La mayoría me las guardo para mí, pero comparto esto:

Todos los alumnos tenían 3 años. En la clase había dos niñas orientales, y pregunté a una de ellas:

- ¿Y tú, de dónde eres?

- De aquí, de Castellón.

La profesora me deletreó innecesariamente con la boca *a-dop-ta-da*.

- Qué bien, pero ¿tus papás no te han dicho de dónde vienes?

- Del avión

- ¿Del avión?

- Si, vengo del avión desde un país muy, muy grande.

Las aves, las torres, el agua, la flauta

Un rey del norte acuñó monedas de hierro. En el anverso grabó la forma de la torre de su casti-
llo, que era octogonal en la base como el relieve de la moneda, y lisa y redonda en su parte más
alta. Bajo la torre había tres ondas, en representación de que su reino era una isla y ninguno lo
podía conquistar ni derribar la torre octogonal. En el otro lado de la moneda, donde debía ir su
perfil, hizo grabar un ave posada sobre una flauta, para que todo el que traficase con ella supiera
que en Islandia los poetas y cantores habían conseguido imitar y unirse a la naturaleza, de mane-
ra que los islandeses están tan identificados con la tierra hasta el punto de formar parte de ella
como lo forma la montaña, el río que la parte o las flores de los campos.

Cuando los noruegos derribaron la torre y excluyeron del comercio carnal a los islandeses, cre-
ían estar condenándolos a la endogamia y la desaparición; robaron las arpas y quemaron los
poemas épicos para que no quedase memoria del pueblo de la torre indoblegable. Pero las mo-
nedas octogonales se habían esparcido por todo el Norte y aún por el Mediterráneo, y cuando
los islandeses expulsaron al vikingo y reedificaron la torre, no quedaba ni una sola de esas mo-
nedas en toda la isla, pero sirvieron fuera de ella para comprar reinos, pagar favores, sobornar
prostitutas o financiar expediciones marítimas.

Dos siglos después, olvidado el rey y acuñadas nuevas monedas, era casi imposible encontrar-
las. Pero si se tiene la fortuna de hallar al menos dos, basta con hacerlas tintinear entre sí para
escuchar la melodía de aquellos poemas épicos que quemaron los bárbaros.

Dando un salto felino, digno del mismísimo Bob Beamon, el amedrentado se encaramó en el bote gritando: ¡las mujeres, los niños y los cobardes primero!

* * *

El chirriar de la veleta es una risa, la risa del Viento burlándose de ese aparato que los hombres se han atrevido a construir inútilmente para intentar dominarle.

Hojas del limonero

Hay un postre que se hace con huevos, leche, harina, levadura y aceite. Se le suele poner una azúcar e incluso una pizca de sal. Esa masa recubre una hoja de limonero y se come después de hornearla.

Aunque la hoja no se come, es inevitable que las partes más tostadas de la hoja vayan a la boca y de ahí al estómago, y se descubre que la parte más buena es la que no estaba destinada a ser comida

* * *

Hay una puerta, tras la puerta un patio, en el patio un pozo, dentro del pozo un niño flotando, a punto de agarrar el cubo que se ha quedado encallado en su caída. Si nos asomamos para intentar ayudarlo, el niño nos hará tres preguntas. Si contestamos bien la primera, el cubo descenderá un poco. Si contestamos bien la segunda, el nivel del agua ascenderá un poco. Si contestamos bien la tercera, nos convertiremos en ese niño.

* * *

Hay una categoría de objetos que evocan fantasmalmente la utilidad que ya no tienen. Cuando encuentras una llave metida en un cajón y no sabes qué abre, pero evidentemente no algo que suelen usar, juegas según el tamaño a imaginar la puerta, la pequeña caja de caudales, el baúl, el armario que otra persona estará forzando en otra parte del mundo.

* * *

Hay un laberinto construido bajo la ciudad de Venecia hecho únicamente de setos y finos tabiques de barro y argamasa. La fórmula para salir de un laberinto con absoluta seguridad es elegir un lado y girar siempre hacia él. Al tratarse de una estructura cerrada, tarde o temprano se llegará al final.

El problema es que este laberinto se inunda con el agua de la laguna de Venecia, y sólo tiene unas pocas salidas a pozos que suben a patios ocultos tras puertas cuyas llaves no guarda nadie.

* * *

Hay una cantidad de hojas de limonero que caben en la mano. Se van apilando sobre la mano semicerrada hasta que se tienen muchas, hasta que se tienen suficientes, hasta que poner una sobre el montón haría que se cayesen el resto. Entonces es el momento de arrojarlas al aire y aspirar el rastro de la fragancia que dejan en el aire.

Algo dulces y algo amargas. A mí me han cabido cinco.

Atajos preliminares

Cansado de vencer, Alonso Quijano a punto de serlo lleva sus huesos como puede sobre el caballo y el camino. Sabe que la gloria es efímera en la tierra y generosa en el cielo, y que como todos, tiene que recibir un destino y cumplirlo. A su lado va Sancho, campante y feliz pese a todo. Se inclina apenas para llegar a su oreja y decirle:

- Enséñame, Sancho, el camino a la ciudad de los atajos.

La calle de los Encuentros

Un día me llegó una carta a la pensión. Inexplicablemente, alguien me había encontrado, y me remitía dentro del sobre otra carta que había llegado a mi dirección anterior. Poco a poco fueron llegando más cartas y paquetes que dentro tenían a su vez cartas y paquetes remitidos a la casa donde ya no vivía. “Ahora tendrás que irte”, me dijo Dolores. Negué con la cabeza y salí a encontrarme con Manuela como cada tarde.

Evidentemente, se había enterado, porque en la Calle de los Encuentros los secretos se pueden guardar un tiempo, pero no se pueden retener siempre. No estaba triste, al contrario, me animó a irme al lugar de donde yo realmente era, por más que yo insistía en que ahora ellos eran mi familia y aquella mi casa.

No pude oponerme: por mi habitación pasó toda la gente que había conocido desde junio, y todos me daban algo para el camino: el que menos, un juguete o algún objeto para que no me olvidara de él; el que más, un consejo o un acompañarme en silencio durante unos minutos. No comprendía nada, pero todos habían aceptado mi marcha, y el último día de septiembre me acompañaron en comitiva hasta el extremo de la calle por el que había llegado. “Nosotros hemos cumplido nuestra parte”, me dijo el Alcalde, “Ahora a usted le toca cumplir la suya. No nos olvide, pero tampoco se le ocurra volver. Ninguno de nosotros sería el mismo”. Le estreché la mano y me encaminé a la salida de la calle mientras empezaba a llover. Me di cuenta que desde el mismo día en que había llegado, nunca había vuelto a caer lluvia.

A la altura de la última manzana, vi que la placa con el nombre de la calle estaba en el suelo. La cogí: era de plástico, y había dejado a la luz el verdadero nombre de la calle, que correspondía con un explorador antártico. Me giré con la placa en la mano, pero ya no había nadie, y ni siquiera las aceras me parecieron las mismas, ni en los charcos se reflejaba el arco iris. Estaba dispuesto a volver atrás, cuando me sorprendió el sonido de un frenazo: el autobús con el conductor de hacía cuatro meses, que abrió la puerta y me gritó “¡Oiga! ¡Llevamos un buen rato buscándole!”. Suavizó la voz al ver que yo no reaccionaba, y bajó para ayudarme a subir las maletas “Compréndalo, no puedo ir perdiendo pasajeros así como así”, me empujó al interior del autobús, “Dolores, ayuda al chico”, le dijo a una mujer sentada en el asiento del copiloto. Salimos de allí, y Dolores debió notar que yo todavía no había vuelto a la realidad, “¿Tiene donde ir?”. Me pensé la respuesta mientras nos alejábamos cada vez más de la calle de los Encuentros, y finalmente le dije que no.

A fuego lento (un adiós prematuro)

1

No dejes que te quiten lo poco que realmente es tuyo. Que no te despierte el extraño zumbido en los oídos de la melancolía, que no te falte lo necesario: tú, yo, las cosas comunes, la extraña sorpresa de encontrarme en la noche, un rastro de mi saliva sobre tu pecho.

2

Quiero que sea un cuento nuevo cada vez, que no llegue a tocar el polvo a esto que soy, que ya no fui ni seré, despertar en tu boca y dormirme entre tus piernas.

Quiero que quieras que quiero que quieras.

Quiero andar descalzo como los animales.

3

No dejes que se te acabe el camino ni la compañía, no dejes que pase el tiempo otra vez por encima de ti, permítete ignorar algunas señales, incluso todas las señales mientras puedas tener un camino delante que se parezca lo más posible a una incertidumbre sin final.

4

Préstale tu completa atención a todo lo accesorio.

5

No dejes que te quiten las pocas cosas que realmente son tuyas, las dos o tres (no pueden ser más, no deben ser más) que te valen solamente a ti, que no caben en ningún otro, que a veces te sobran a ti mismo pero que, si te faltan, te convierten en ese otro menos libre, más incompleto, menos cierto, más fuera de todo lugar.

No dejes que te pase, porque si te dejan sinanclado, sinamparo, solo incluso de ti, te quedará primero la rabia, después tragar tierra caliente, sacudírtela, despertar, preguntar si así está mejor, quitarte el polvo de los zapatos.

Y recomenzar.